

## NOCIONES DE CULTURA Y DE CIVILIZACION EN SPENGLER \*

En este año de conmemoración del centenario del nacimiento de Oswald Spengler, quisiera recordar la fundamental diferenciación que el tan grande y discutido filósofo de la Historia establece entre Cultura y Civilización, uno de los aspectos capitales de su "Decadencia de Occidente". En su sistema remata una dicotomía que había sido tocada de paso en anteriores pensadores —sobre todo alemanes—, pero que en él cobra una significación y un simbolismo muy profundos. Spengler es a la vez un romántico que ama las fases primaverales, juveniles, de las Culturas, cuando ellas acuñan sus respectivos símbolos primarios, los momentos en que ellas son propiamente algo "metafísico". Pero, la vez, él tiene una mirada implacablemente realista sobre las fases finales, lo que es propiamente "Civilización", con su sentido materialista y masivo y que sin embargo es algo inevitable e irreversible en el curso de cada una de las Culturas, el momento de su decadencia y muerte. Se dan así, en Spengler, a la vez, un romanticismo y un "amor al hado" nietzscheano, una aceptación estoica de la necesidad. Tal contraposición constituye, a mi juicio, el rasgo más sobresaliente de su personalidad intelectual.

No siempre han sido ambos vocablos contrapuestos en su significado. La tendencia francesa ha sido siempre el uso de "civilización", para designar al mundo cultural en globo. La palabra se usó por primera vez en Francia —precisa Fernand

---

\* Revista "Realidad", 5 de octubre de 1980.

Braudel— en un libro impreso en 1766, y en 1787 lo emplea abundantemente Condorcet, el teórico de la idea de Progreso. En los dos siglos anteriores: “civiliser” significaba afincar un juicio en un tribunal civil, habiendo estado antes radicado ante un tribunal militar.

Guizot, quien resume todo el punto de vista de la historiografía liberal francesa del siglo 19, escribe en su “Historia de la civilización en Europa”, en la edición de 1855, acerca del “hecho de la civilización”, como el hecho histórico por excelencia, en que desembocan y se resumen todos los demás, las instituciones, el comercio, la industria, las guerras, todos los detalles de su gobierno, a la vez que las creencias religiosas, las ideas filosóficas, las ciencias, las artes, las letras; “la civilización —dice— es una especie de Océano que hace la riqueza de un pueblo y en cuyo seno todos los elementos de la vida del pueblo, todas las fuerzas de su existencia van a reunirse”. A comienzos de este siglo, el sociólogo Marcel Mauss define: “la civilización consiste en todo lo humano adquirido”. La revista histórica francesa “Annales” se subtitula “Economies, Sociétés, Civilisations”.

La dirección opuesta, la tendencia a la dicotomía Cultura-Civilización, es la que adopta el pensamiento alemán. Herder, en sus grandes escritos sobre “el espíritu de los pueblos”, usa constantemente “cultura”. Le sigue en el siglo 19 Jacobo Burckhardt con su historia de la Cultura en Italia en la época del Renacimiento, abarcando bajo el término de “Cultura”, manifestaciones artísticas, políticas, sociales. En la época del Nacionalismo alemán de mediados del siglo 19 se suele contraponer “historia de la cultura” a “historia política”, narrativa esta última, y más estructural la primera, si bien a veces muy anecdótica. Pero esta ramificación, de nivel puramente historiográfico, es episódica desde el punto de vista de la filosofía de la Historia. Nietzsche, en uno de los fragmentos de la obra póstumamente intitulada “Voluntad de Poder”, contrapone explícitamente ambos términos: “Cultura contra Civilización. Dos cimas: la de la cultura y de la civilización se separan; no nos debemos dejar inducir a error sobre el irreconciliable antagonismo de la cultura y la civilización. Los grandes momentos de la cultura fueron siempre, moralmente hablando, momentos de corrupción; y el

contrario, las épocas de mayor disciplina y domesticación del hombre (“civilización”), tiempos de intolerancia para los caracteres más espirituales y más audaces. La civilización quiere algo distinto de lo que quiere la cultura, quizá en parte lo contrario...”

Esta contraposición entrevista por Nietzsche, se hace más tajante en Spengler. Para él, cultura es el cuerpo de la Idea de la Existencia, la expresión colectiva de un alma que aparece en determinado paisaje materno y sólo en él se desarrolla como algo vivo; contrapuesta por tanto a Civilización, que es lo ya devenido, el predominio del Intelecto desarraigado (lo que Spengler, y también Klages, denominan “Espíritu”, opuesto a “Alma”), el reinado de lo Técnico y Económico, de los poderes anónimos que manejan a las masas. La cultura sería, según la expresión de Goethe –la autoridad más eminente para Spengler–, un “fenómeno primordial” (Urphanomen), encontrable solamente en la Naturaleza viviente: “Lo más alto a que puede llegar el hombre –dice Goethe– es el asombro, y cuando encuentra con asombro el fenómeno primordial, se satisface: no le es concedido algo más alto, y no debe buscar nada tras eso: es el límite. Así Goethe vio en la hoja la forma primordial de toda planta, la metamorfosis de las plantas como imagen primaria de todo devenir orgánico, sin inquirir (como se haría después, en la época de Darwin) las causas de esa forma. Algo así es para Spengler la Cultura, a la que llama a veces Macrocosmos, la realidad total, substratum de todos los símbolos del Alma. Todo, desde el aspecto corporal, hasta las formas económicas, políticas, religiosas, hasta los conocimientos “eternos”, hablan de la esencia de esta Alma de la Cultura.

La Cultura, para Spengler, no es única, es un grupo de formas colectivas humanas monumentales, que se despliegan sin otra finalidad que su vida misma, hasta agotar totalmente la expresión de sus símbolos primordiales, distintos en cada una de ellas. No hay una dirección total de la Historia humana, sino sólo dentro de cada cultura, desde el origen hasta la decadencia en muerta civilización. La convicción de que hay un fin total trascendental o inmanente a la Historia, es propia solamente de la cultura occidental, no de todas las culturas.

Las culturas son esencias reales, no son una mera cualidad

que se transmiten los pueblos decisivos en el curso histórico, como en el sistema de Hegel se transmiten la Idea. Son, en Spengler, esencias totalmente individuales: la transferencia de nociones o de valores de una a la otra no es sino aparente. La distancia entre ellas es irrevocable. Aunque un hindú y un chino sean budistas, lo son con un sentido diferente, que los mantiene lejanos. Los símbolos que aparecen en diversas culturas, como el triángulo, la cruz gamada, el anillo, cambian de significación en cada una; la columna dórica pasa de Grecia a las basílicas de la cultura mágica y al edificio renacentista, pero siempre con distinto acento y sentido en el total. La transferencia es un “malentendido”.

Ni pueblos ni razas son el substratum de la cultura, sino, al contrario, la cultura produce estas configuraciones. La raza no tiene que ver con índices craneanos, sino que es una forma bien acuñada, como cuando se dice “tener raza” de los hombres como de los caballos nobles. El pueblo es también producto cultural; al contrario de lo que afirmaban los románticos, o el pensador de mediados del siglo 19 Ernst von Lasauix, que también afirma las concepciones cíclicas de la Historia y la decadencia inevitable, pero radicando el sujeto fundamental en los Pueblos, según un proceso mundial dirigido por la Providencia Divina.

Una cultura, en sus fases plásticas —juventud y madurez— es capaz de darle, al recibir bienes de otra cultura, su propio sentido; pero ya en el período civilizado, extenuada esa plasticidad vital, los bienes culturales más diversos pueden circular, pero ya son objetos sin carácter simbólico alguno: es un mero comercio. Un Miguel Angel recibirá el símbolo apolíneo del cuerpo humano desnudo, pero le da una expresión desconocida para la Antigüedad; un germano podrá convertirse al Cristianismo que le predica San Bonifacio; pero no lo entenderá lo mismo que éste. El Papado, poco significativo con la Antigüedad cristiana o en la época de la Patrística (que Spengler adscribe a la cultura mágica), pasa en Occidente a ser símbolo dinámico del dominio en un espacio infinito. Por “símbolo” entiende Spengler una unidad sensible, indivisible, que no es producto de la voluntad consciente, que causa una impresión en el Alma y que no puede transcribirse en conceptos.

Si una cultura es en el fondo un Alma, su conocimiento puede darse solamente en la intuición de su singularidad, no mediante leyes causales ni necesidades mecánicas. La comprensión interna de las expresiones vitales es lo que Spengler denomina Fisiognómica. Todo lo visible supone tras de ello algo invisible; no hay que confundir la vida con los medios por los cuales ella se expresa. "Todo lo perecedero no es signo", decía Goethe y lo repetía Spengler, marcando así su repudio al Pragmatismo histórico, que busca los hechos más que el sentido, y los encadena mediante la casualidad. La Fisiognómica es lo opuesto a la Sistemática.

Mientras que la vivencia del Mundo es necesaria e independiente de la voluntad, la vivencia de lo histórico a través de sus símbolos es la realización del Alma misma, es la realización de la Idea de la Existencia en todas sus posibilidades.

Pero como lo individual es, en último término, algo inefable e inagotable, algo que deja siempre un residuo incognoscible, Spengler afirma, como el gran método de aproximación a la individualidad, el método de las Analogías entre las culturas (que en cierto pasaje distingue de las Homologías sin volver más sobre tal diferencia). El método de la analogía se aplica a personajes o acontecimientos históricos que pueden estar en muy distintos planos de la realidad humana (la idea dinástica y el análisis infinitesimal, por ejemplo; el ideal apolíneo del cuerpo y el pequeño tamaño de la Polis, por ejemplo); pero no sólo rige como método dentro de una cultura, sino entre culturas diferentes siempre que los hechos simbólicos estén situados en la misma fase —juvenil, madura o decadente— de las respectivas culturas. En tal esquema metodológico, necesario indudablemente asoma, sin embargo, el gran peligro del pensamiento spengleriano, contrapartida de su culto por lo singular de la historia; a saber, el esquematismo generalizador o tipificador, que subordina lo individual inefable a un esquema de analogías y tipos. Es el peligro de todo comparativismo, y es un resto de pensamiento naturalista y biologista, que sin embargo, está siempre en tensión con el otro polo. Que Spengler cree firmemente en lo individual, se expresa, por ejemplo, muy patentemente en un aforismo contenido en el póstumo libro "Frühzeit der Weltgeschichte" (1966):

“¿Qué es cultura? Se la ha entendido muy diversamente según el peso de la propia personalidad: una suma de comodidades, desde la flecha al teléfono-abstracciones de las existencias en un Museo. Yo veo en una cultura un acontecimiento histórico singular, irreversible, en el cual se realiza y cumple el destino de una esencia, la historia de un alma. La cultura no *es* sino que *acontece*, se cumple en y a través de los hombres, que son los elementos de su expresión”.

En el centro del pensamiento spengleriano está también la Idea de Destino o Sino; opuesto a la Causalidad de la Física clásica, como el devenir es el polo opuesto a lo ya devenido, como el tiempo viviente al Espacio y a la Muerte. Desde el punto de vista cientista, se llamaría “Destino” a una serie causal cuyos eslabones se desconocen por el momento. Aquí, en cambio, es una vivencia desde la profundidad, no un fruto del intelecto civilizado. No es que el Yo realice lo posible, sino que el Destino se realiza a través del Yo. El Destino marca el ser-así de cada cultura; es una dirección inaprehensible en conceptos. En los individuos o grupos particulares puede haber decisiones libres, que conducen al cumplimiento, o a su circunstancial desvío; pero la dirección, ya desde el origen, desde los símbolos primordiales, no puede variar. En tal sentido, pues, Splenger cree en los grandes hombres sólo en cuanto que simbolizan el destino, no como libres creadores. Si Colón no hubiera realizado su empresa, lo habría realizado otro en su significación profunda, movido también por el afán de expansión infinita de la cultura Occidental o fáustica. El determinismo no es por cierto causal ni mecánico, pero hay una fuerza suprarracional a la cual se subordinan la libertad y el azar, llámese Destino, Sino, Providencia o Ananké o Kismet o Fatum. Entre Destino y Acaso no hay diferencias lógicas, pero sí de vivencia: el Acaso cumple secretamente el Destino, más allá de las intenciones voluntarias de los agentes, es inaccesible a la inteligencia humana; el Destino puede al menos presentirse. La “Gracia” de la teología cristiana tiene algo de Destino y algo de Acaso. Los historiadores pragmáticos, para defenderse de la impresión trascendente de Destino, lo convierten en ley causal o en Finalidad.

En otros pasajes liga Spengler la Idea de Destino a la polari-

dad de los sexos. El hombre vive el Destino, aunque lo conciba después como causalidad; la Mujer es el Destino. Las mitologías representan el Destino en manos femeninas (las Parcas, Moira). La Mujer es la vidente en los oráculos, el tiempo habla por ella. El Hombre hace la Historia, la Mujer es la Historia.

En cada cultura singular están vinculadas las verdades y la noción misma de Verdad, así como todos los Valores religiosos, científicos, morales, técnicos. No hay verdades eternas. Ciertamente Spengler es un historicista y un relativista que liga a los hombres y a todas sus expresiones a la época y cultura respectiva. La misma intuición que condujo a Spengler a concebir la Decadencia de Occidente sólo pudo darse en ese momento de la decadencia de Occidente, en la fase crítica de la Gran Guerra.

La fuerza del Destino como vivencia de Spengler está documentada por un recuerdo de su hermana, citado por Koltanek, el biógrafo del pensador. Spengler le dijo a ella una vez, hablando de su sepultación: "Quien como yo ha estado toda la vida separado de los hombres, y para quien la Iglesia Protestante como Religión no significa nada, para mí la sepultación con todo su Tam-Tam sería una contradicción a mi personalidad... Incinerar tranquilamente, arrojar las cenizas al agua, al mar... La aptitud para creer se nos ha agotado. Lo único que nos ha quedado, es la creencia en el Destino, y eso es germánico".

Naturalmente no puedo detenerme aquí, en la descripción, tan rica y profunda a veces, que hace Spengler del curso de cada cultura, desde la juventud mítica a la claridad del Mediodía con su conciencia vigilante, medida y autodomínio, su "estar en forma" en sentido deportivo, hacia las épocas más delicadas y otoñales y en fin hasta la ancianidad decadente o civilizada y, tras el Cesarismo, el regreso al primitivismo, a lo que él llama "pueblo fellah" y a la infantil "segunda religiosidad", épocas que él piensa que se realizarán en Occidente más allá del 2 mil.

Un aspecto importante, muy poco destacado, es el sentido simbólico de la cronología y del número cronológico, preguntándose, como ante un enigma, sobre su significación. Las culturas, en su época de vitalidad, tienen una duración de 1 mil años (Occidente, desde 900, con los Emperadores alemanes, a 1900). Las grandes guerras occidentales modernas, desde 1700, se dan

cada 50 años. De Solón a Alejandro, de Lutero a Napoleón, personajes simbolizadores de períodos maduros de cultura, hay 10 generaciones a lo más. La inclinación por la Numerología ha servido naturalmente de flanco de ataque a Spengler: Karl Joël lo acusa de convertir el saber histórico en un cronómetro cultural, incluso proyectado al futuro. Pero es que para Spengler el Número no es algo meramente cuantitativo, sino que está cargado de simbolismo. La cronología es algo interior al ciclo vital. La cronología en “Decadencia de Occidente” es relativa: cada cultura es “contemporánea” en cada una de sus fases, de las mismas fases en otras culturas; y esto cuenta más que la cronología absoluta, medida según los movimientos de los astros.

Tornemos ahora la atención a lo que nuestro pensador llama Civilización. Allí, lo que antes era Destino se convierte en Mecanismo, la Fisiognómica en sistema, la Casuística supera el movimiento interno, el Intelecto racionalista al Alma, el Pecado Original se convierte en teoría de la Herencia, la Predestinación en la Selección Natural de Darwin. Un mundo artificial atraviesa el mundo natural, la civilización se convierte en una máquina, los países industriales de Occidente dominan el mundo gracias a sus grandes ejércitos y escuadras; el poder militar depende del rango de la industria, afirma en “El Hombre y la Técnica”. Lo organizado se opone a lo orgánico, pero a su vez las Masas —pueblo desarraigado— niegan la organización, hasta que ella es impuesta por el Cesarismo. Desaparece el Estado auténtico: en la fase de la cultura hay un estilo, en la civilización se fabrican estilos. Todo lo inconsciente profundo deja su lugar a la conciencia y la voluntad, las ciudades en que florecía la cultura son avasalladas por las grandes urbes. Ya Jacobo Burckhardt, que vio Londres en 1859 y después de 1879, quedó agobiado por el gigantismo que percibió en este último viaje. Nietzsche sentía dolorosamente la falta de forma y de medida de su época. Spengler recoge estas impresiones de los últimos grandes europeos.

En la insurrección del intelecto contra los antiguos ideales de la Juventud se procura desmitizar los símbolos y los ideales. El proceso va en Grecia desde Sócrates a Marco Aurelio (Karl Joël, crítico, hará notar que Platón todavía emplea el Mito para reforzar la Idea; Spengler, cuando caracteriza a Grecia, piensa

más –dice Joël– en el Atomismo de Demócrito que en Platón). Pero Marco Aurelio simboliza bien un final. En Occidente, la civilización se iniciaría después del Rococó, con Rousseau y la Revolución Francesa; Napoleón sería el análogo (o sea, el “contemporáneo” relativo) de Alejandro Magno. El análogo occidental de Julio César está aún por venir. El Nihilismo de Occidente estaría ya representado por Nietzsche. La Metafísica es reemplazada por la Técnica, la Economía, la Ética Social, el Socialismo (cuya encarnación no sería Marx, sino Federico el Grande, con su idea del Rey como “primer servidor del Estado”, con todo el Prusianismo como secuela). En la Antigüedad, el análogo al Socialismo sería el Estoicismo, y en la India el Budismo. Cada cultura muere en una civilización que guarda algo de las expresiones de sus símbolos primarios: así el Socialismo es dinámico y se aliará sin duda al Imperialismo; el Estoicismo es estático; el Budismo, ascético. El hombre de las culturas no puede dejar de ser religioso, consciente o inconscientemente; los mitos conmueven su alma hasta una máxima intensidad; el hombre civilizado no puede ser religioso, aunque lo quiera seriamente. La civilización es irreligiosa. Las posibilidades religiosas se agotan, no por persecuciones desde afuera, sino por extenuación interior. Las religiones se hacen “sociales”. “Ninguna religión –dice Spengler– pretende mejorar los hechos. Una religión que aborda problemas sociales ha dejado de ser Religión”; “Atribuir a Jesús intenciones sociales es una blasfemia”. Stefan George, tomando posición frente a estos pasajes de Spengler sobre la irreligiosidad inevitable de toda civilización, dirá una vez que ella sólo es propia de Occidente; la Antigüedad tardía tenía todavía una religiosidad, como se ha descubierto en el Imperio Romano del siglo III. Pero, para Spengler, el Imperio Romano, a esa altura, ya no pertenecería a la civilización Antigua, sino a la Cultura mágica: era ahora una Religión, y las últimas persecuciones a los cristianos son una lucha entre dos Iglesias. En la época de la Civilización, en que todo lo metafísico es arrollado por la Técnica y por la idea de Felicidad, la Propaganda, la Publicidad, la Diatriba, movilizan a través de la “Opinión Pública” a las Masas Inorgánicas: El trabajo, la actividad fundamental para el abastecimiento de las masas, presencia

constantemente una tensión entre quienes dirigen el trabajo y quienes lo ejecutan. El ideal fáustico de la cultura occidental se transforma en afán de poder puramente material; el Imperialismo y el Socialismo pueden fácilmente converger y unificarse. El Dinero es el poder supremo, por sobre el Estado. El Ethos político se desvanece, los hombres de la Masa sólo anhelan la Paz que se la brinda finalmente el Cesarismo. La Moral trágica de Esquilo, Dante, Lutero, Shakespeare, deja lugar a una Moral pacifista y humanitaria; el ideal de Perfección se transforma en Ideal de Progreso, en el sentido más común y banal, como rechazo global a la Tradición.

El Estado, para Spengler es la forma de la Historia, y la Historia es el Estado pensado en su fluir. Estado, dice en otro pasaje, es el orden interior de un pueblo para los fines exteriores. (Desde Ranke, la verdadera y gran Política, para la historiografía alemana, es la Política exterior). Desde otro punto de vista, la Política es el sucedáneo de la guerra, es la guerra mediante armas espirituales (idea planteada ya a comienzos del siglo XIX, en la época del Romanticismo, por Adam Müller y por Clausewitz). La comunidad de hombres de armas es la que representa y preserva el Pueblo o Nación (Nación es para Spengler un pueblo en que se realiza verdaderamente el estilo de una cultura). El Estado es cosa de varones, y en él se juega el Destino y el Tiempo histórico. En Occidente el Estado es, además, Preocupación por el futuro: el sentimiento de la herencia, o en las grandes Monarquías, el sentimiento dinástico, une el pasado con el futuro.

Mas, en la época civilizada, el Espíritu desarraigado, "la Intelligentsia", y el Dinero atacan al Estado y a sus dos estamentos primordiales, Nobleza y Clero, en nombre de la Burguesía urbana. La más antigua Burguesía, los Patricios, mantenían todavía el sentido de un estamento y de una adhesión a las ideas culturales. Pero, al avanzar la Civilización, ella tiene que ceder a su vez el sitio a poderes anónimos surgidos del Dinero y las Finanzas. Las viejas formas de educación, la crianza (Zucht) y la formación cultural (Bildung) van siendo desplazadas por la especialización, correspondiente a las necesidades del mundo de Masas. El poder omnimodo del Dinero va disolviendo el viejo orden estamental y convirtiendo a la sociedad en una Masa

inorgánica y atomizada, constituida por individuos, manejados a su vez por las nuevas potencias de la *Intelligentsia* y del Dinero, a través de la Propaganda, ahora tecnificada. El Estado se mecaniza y deja en gran parte de ser simbólico, ante el avance del pensamiento técnico y económico. Sin embargo, una última reacción política impone el Cesarismo, también una forma no orgánica, pero capaz de imponer el Deber y la Paz. El cuerpo social global vuelve al primitivismo, hacia los pueblos fellah, bajo la China Imperial, el Nuevo Reino egipcio, los Califatos, la Roma Imperial; en Occidente, esta fase aún no ha sobrevenido, pero ya Napoleón ensayó durante unos breves años un Imperio a la vez militar y popular. El cesarismo es una reacción agónica, aunque pueda durar, hasta caer en manos de invasores extranjeros.

La técnica, que en Occidente es sentida más bien como victoria del alma fáustica sobre la naturaleza que como medio de subsistencia, pasará sin embargo, desde Occidente, primero a los Estados Unidos (ya en la fase de la civilización), luego a los que en "Años de Decisión" llama "pueblos de color", abarcando con ello a todos los no nórdicos. Para éstos, la técnica no es ya expresión del Alma, sino un conjunto de "resultados", de objetos, que se acogen con el mismo respeto que en otro tiempo recibieron el arado y el fuego, no son inventos propios. Pero de estos resultados pueden aprovecharse para acosar a Europa. Es lo que en 1933, en "Años de Decisión", denominaba "la revolución mundial de los pueblos de color", nueva versión, más realista, que el "peligro amarillo", de que se hablaba hacia 1900. Pero como la máquina no proviene entre esos pueblos del propio ser y la civilización está carcomida, las técnicas occidentales quedarán al fin tan abandonadas como las gigantescas ciudades de Babilonia o de Memphis, las vías romanas y la Gran Muralla China.

El pronóstico de lo que es la Decadencia Civilizada puede considerarse en uno de los fragmentos póstumos publicados en "*Frühzeit der Weltgeschichte*": "Alma o mejor dicho Civilización. Una temible psicología de la Civilización. Se ha entregado el Alma trágica. Su negación quita el sentido, el contenido, a la existencia humana. Del tiempo pleno, de la Gran Historia, el

heroísmo, el Sufrimiento, se pasa a un inteligente 'matar el tiempo'. Y así irrumpe el Fin no desde afuera, sino desde la misma Vida sin Alma, desde la profundidad. Gigantesco se eleva sobre las masas de piedra de la gran ciudad, el fantasma del aburrimiento, de la vida vacía, sin peligro, sin sangre, que hay que llenar por los negocios y las entretenciones, un inteligente vegetal en la técnica para el confort. Erotismo sin hijos, circo, embriaguez, viaje, literatura ociosa que sustituye al arte, exposiciones, poesía, folletín, radio, cine, records. Hasta que la Naturaleza se venga, interiormente por la esterilidad y desde afuera por los Bárbaros".

Miremos ahora hacia esas áreas laterales de Occidente, que son América y Rusia.

Breves y no muy claras son las alusiones a América. Desde luego, tiene un gran aprecio por las altas culturas precolombinas de Perú y sobre todo de México, "asesinadas", dice, un caso único en la Historia Universal, por el azar, y ni siquiera por la alta cultura occidental, sino por "un puñado de bandidos", por aventureros. La cultura mexicana cae desde luego por falta de poder técnico. México, en 1500, tenía un tipo de Estado que correspondía al que alcanzó Europa bajo Federico el Grande, hacia 1750. Sin embargo, sin demasiada coherencia, declara en otro pasaje Spengler que las violencias de los conquistadores habrían sido inútiles si hubiera existido enfrente de ellos una cultura joven; pero ya bajo los aztecas México había llegado a una etapa correspondiente a los romanos.

Se interesó también por el problema del primer poblamiento de América, ensayando como hipótesis, en un artículo, la idea del poblamiento desde Polinesia; e incitó a su amigo el historiador argentino Ernesto Quesada a preocuparse de la Prehistoria y Protohistoria americanas.

Los descubrimientos y conquistas portuguesas y españolas iniciaron el avance planetario de la cultura occidental. ¿Qué juicio tiene Spengler sobre las sociedades surgidas de ellos? Desde luego, Norteamérica es parte ya igual a Europa en su fase civilizada, y hace incluso la observación fisiognómica de cuánto se semejan los bustos de romanos a los norteamericanos. La grandeza de Nueva York, después de la Guerra de Secesión,

marca una fecha importante en la Civilización occidental.

¿Y en cuanto a América Hispánica y Portuguesa? Desde luego, conforme a uno de sus principios capitales, no puede darse un verdadero trasplante de cultura desde un paisaje materno a otro continente: es imposible, dice, que haya auténticas Polis en la Galia, ni que surja un nuevo dogma en la América católica. Lo que se desprende de la tierra matriz se endurece y engrigedece; hay una diseminación civilizada de los "resultados", pero no del Alma. Pero, aunque no lo diga explícitamente, podría decirse que se produce en la América Española y Portuguesa una civilización provincial, menos dinámica que la de Norteamérica, porque parte del Mediterráneo y no del Norte europeo. Esta civilización se caracteriza, por ejemplo, por las ciudades con planta de tablero de ajedrez, típico de las ciudades abstractas, que comienzan en Thurioi y se prolongan hasta Washington, en 1791. Al caer la Monarquía Española, en 1808, hace crisis la unidad de la forma barroca de Estado, sucediéndole un interminable caudillaje de poderes informes, como ocurrió al final del Imperio Romano, en su período soldadesco. La única alternativa es siempre: o la Gran Forma, o los poderes particulares: en lugar de una segura tradición, decididos hombres de acción, usurpadores capaces.

Sobre la Independencia misma, hay un documento interesante de 1932: la carta de R. Schlubach, un hombre de negocios a Spengler. Aquel le había interrogado por lo que Spengler pensaba acerca de la Independencia, y cita la opinión de Spengler: el comienzo del fin, dice éste, fue la Guerra de Sucesión de España de comienzos del siglo 18: al término de ella, desde la Paz de Utrecht, España se concentró en las tareas interiores, en rehacerse como nación europea, pero abandonando su misión más trascendente, la de abrir el mundo occidental hacia los mares y nuevos Continentes. La opinión es original e interesante, concordando, podemos decirlo, con la tesis de los historiadores económicos de hoy día, por ejemplo, con Chaunu, para el cual el comercio inglés fue apoderándose de las colonias españolas y portuguesas, ya desde el siglo 17, y continuándolo durante el siglo 19.

Sobre Rusia, la atención de Spengler y su visión es más clara

y profunda. Su fuente para el conocimiento de Rusia es fundamentalmente la Obra de Dostoievski. Rusia será tal vez la cultura que suceda a Occidente; pero será la "Santa Rusia" ortodoxa, la "Tercera Roma". Está excluido por la investigación el que también haya conocido antes de 1920 el libro del paneslavista Danilevski, quien en su libro "Rusia y Europa" (1869) llegó al concepto de pluralidad de "tipos" históricos-culturales que pueden coexistir en el mismo tiempo astronómico a pesar de sus diferentes edades vitales, cada uno con sus propias ideas culturales y sujetos al ciclo de nacimiento y muerte. Pero el horizonte de Danilevski era teóricamente más reducido, el de un ferviente nacionalista paneslavo y de un biologizante radical.

Pero la Santa Rusia de Dostoievski estaba ya aplastada por la forzada occidentalización iniciada por Pedro el Grande y Catalina II, y esta occidentalización se enlaza con una importante concepción spengleriana, la de "Pseudomorfosis". El vocablo, de origen mineralógico, designa el fenómeno en que una irrupción volcánica penetra en grietas o bolsas que se han producido anteriormente en las rocas superficiales, bolsas de muros cristalinos, de suerte que los materiales volcánicos que ascienden se solidifican dentro de esas bolsas tomando su misma forma. Spengler aplica la denominación a la cultura que él llama "mágica" o arábiga y a la Rusia de Pedro el Grande. Una cultura todavía juvenil no puede expresarse en sus formas propias, pues está sofocada por el inmenso poder y prestigio de una civilización más antigua, ya moribunda, que domina en ese mismo espacio. La cultura joven presta su fuerza creadora a la civilización moribunda, pero tiene que expresarse en las formas viejas. La concepción parece estar inspirada en las investigaciones del historiador del Arte Strzygowski, quien investigó los orígenes del arte bizantino a partir de las iglesias de Siria y de Armenia, mostrando su influjo en las basílicas bizantinas. Absteniéndonos del caso de la cultura mágica, incitante pero quizás demasiado "construido", según Eduardo Meyer (aunque el gran historiador contemporáneo Franz Altheim, al estudiar a los Arabes durante el mundo antiguo, llame a Spengler su gran precursor solitario), limitémonos aquí al caso de Rusia. Durante todo el siglo 19, la occidentalización por Pedro el Grande y simbolizada

en el traslado de la capital a San Petersburgo, produjo la gran división de la intelectualidad rusa en eslavófilos y occidentalistas. Dostoievski conoce bien a Occidente, pero su pasión rusa lo lleva a exclamar en el "Diario de un Escritor": "¡Todos los hombres deben ser rusos, ante todo llegar a ser rusos!". Los eslavófilos se han educado en la filosofía alemana, pero ella misma los empuja al nacionalismo eslavo. Rusia, para Spengler, tiene el alma de la llanura ilimitada, ama a la Humanidad, ve el horizonte, no las estrellas; es un mundo humilde y melancólico, un mundo de campesinos y señores, no de burgueses individualistas, todos son culpables de todo, todos forman un gran "nosotros"; es un mundo no copernicano, cuyo punto de vista sagrado es Constantinopla, o Jerusalén no el Occidente, al cual, sin embargo, lo arrastraron los Zares extranjerizantes de los siglos 18 al 20. La Revolución Bolchevique, piensa Spengler –a pesar de su odio al Comunismo– es plenamente occidentalista por su ideología marxista, pero ha servido para poner fin a la Pseudomorfosis petrina, dejando el campo libre para una nueva aproximación al Asia, el continente decisivo del futuro. Cuando murió Lenin, todavía creía que algún movimiento interno podría realizar la constitución de Rusia en su pura realidad cultural, deformada por el nuevo Zarismo, y poner fin a la Pseudomorfosis: lo expresa así en una carta de octubre de 1925. La Rusia occidentalizada, al favorecer el Capitalismo occidental y la supremacía del Dinero, tan extraño al campesino ruso, había preparado la inversión dialéctica al comunismo, proyectado por agitadores como un confuso evangelio, que en el fondo es una lucha contra Occidente con ideas occidentales. Dostoievski, sin embargo, y el mundo campesino, seguían siendo la realidad subterránea, mucho más a fondo que Tolstoi, y quizás esa realidad profunda surgiera como una nueva cultura. Tal era su esperanza, que en el fondo tal vez comparta hoy día Solzhenitsyn, la mayor autoridad moral del mundo de hoy.

Rescapitulando, pues, la noción spengleriana de Civilización, tal como ella se expresa en "Decadencia", en "¿Pessimismus?", en "El Hombre y la Técnica", y en los fragmentos recopilados y publicados en la década del 1960, podríamos decir que ella es el período final de cada cultura, análoga, pero no con el mismo

contenido que en otras culturas, pues a pesar de todo subsisten la diferencias de la Simbólica de cada uno, y sólo el estilo es comparable. Las civilizaciones son siempre negadoras del Alma, y procuran desprenderse de ella, sea a través del Budismo, del Estoicismo y del Socialismo, para dar sólo ejemplos de algunas civilizaciones. La política es dominada por la Economía, el fin de toda forma de gobierno es sólo el bienestar de la población. La vida económica comanda la forma política y el tamaño de los ejércitos y escuadras, hasta que del elemento militar surge el Cesarismo, centralista, uniformador y absoluto, que asegura la Paz. Los pueblos se hacen primitivos y ahistóricos. Con todo, es posible cierta grandeza en la civilización, como lo muestra el Imperio Romano.

Spengler, romántico en su admiración por las culturas, es estoico frente a las civilizaciones, consciente de que no hay refugio posible contra la dura necesidad que fluye de los hechos. El optimismo, es cobardía, ha escrito. Recuerda al soldado romano cuyos restos se encontraron junto a una puerta de Pompeya, porque no recibió órdenes para huir de la erupción del Vesubio. Esta predicación de la aceptación estoica tiene aspectos que no puedo menos de encontrar chocantes. Así sus admoniciones a la juventud alemana para no consagrarse a la Filosofía ni al Arte, sino a la Técnica: su rasgo anti-humanista en la civilización, su hostilidad al grupo formado contemporáneamente en Alemania alrededor de Stefan George. Sin embargo, quiere que se le comprenda. Escribe en “¿Pessimismus?”: “no podría vivir sin Goethe, sin Shakespeare, sin las viejas arquitecturas; cualquier fragmento del arte del Renacimiento me conmueve, justamente porque veo sus límites. Bach y Mozart están por mí por sobre todo” pero no es el arte la exigencia del día; ya no es posible la libertad espiritual.

“Decadencia de Occidente” fue atacada con furia por los historiadores (Eduardo Meyer, el gran historiador de la Antigüedad, es una excepción; y Georg Simmel, teórico de la Historia y sociólogo, dijo de la obra que era la mayor de las filosofías de la Historia desde Hegel). Pero el ataque se dirigió sobre todo contra la idea de una real transferencia de bienes culturales desde una cultura a la otra: Spengler sostenía que tal proceso era sólo

superficial, que el simbolismo profundo de cada cultura era diferente. Se criticó por los defensores del Humanismo su rechazo a la libertad, ya que en Spengler se afirmaba la potencia implacable de un Destino cerniéndose sobre la Historia. Pero la dicotomía Cultura-Civilización no fue mayormente atacada.

El que hoy día sea Occidente una Civilización más que una Cultura parece cada vez más evidente para la mirada histórica; y por lo tanto más acertado el diagnóstico de la decadencia. Y esa Civilización se ha difundido a escala planetaria, sobre todo por la Técnica. No cabe duda de que cada vez se hace más difícil pensar en que subsistan o que puedan surgir Culturas singulares. Pero la Historia es imprevisible.